

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

40

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUNETENARIO IOA

BOB DYLAN Y EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA

El premio Nobel de Literatura, este año, fue concedido a Bob Dylan y esa fue noticia que despertó encendidas polémicas. Yo lo sentí –y lo siento–, como lo han expresado algunas voces, que el premio a Bob Dylan, además de reconocer sus méritos de poeta y músico, es, simbólicamente, un reconocimiento, también, a lo que significaron para el mundo los maravillosos años de la década de los sesenta.

La concesión rompe con el formalismo académico que sitúa al Nobel de Literatura como el mayor premio que se ha concedido, casi siempre, a personas cuya obra principal se ha situado en el ámbito de la novela o en el de la poesía. Pero, a veces, son decisiones que –supongo sin esa intención– se vuelven irreverentes porque rompen con sus propias viejas tradiciones, como en el premio concedido a Darío Fo y hoy a Bob Dylan. Otorgar el Nobel de Literatura a un hombre como Fo, el autor teatral italiano que “se definía mejor como juglar” y a Dylan, un poeta que transmitió a través de su lenguaje un nuevo mensaje, como lo señala Santiago Roldos,

todo esto se relaciona en alguna medida con lo que en la postmodernidad se ha venido a llamar la transdisciplina, una crítica a la especificidad de las disciplinas artísticas y científicas concebidas como compartimientos estancos.

Se ha escrito que,

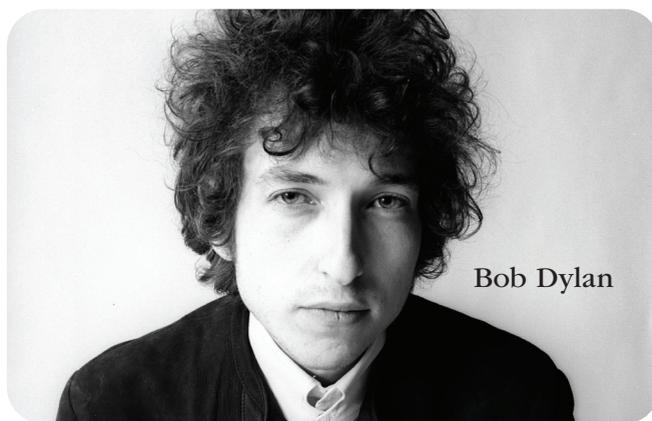
ese chico sabía que algún día será músico, y por eso mismo decidió que se iba a cambiar de nombre porque el suyo propio –Robert Allen Zimmerman– no servía. [...] Como Homero, como Shakespeare, como Emily Dickinson, como John Ford, Bob Dylan será siempre un enigma. Su música es tan grande, tan poderosa, tan vasta como América, y el hombre que hay detrás, el ser humano que la ha creado, es una mota de polvo perdida en una vía de tren. Por mucho que busquemos, nunca daremos con él.

Bob Dylan es parte sustantiva de ese gran movimiento juvenil que se formó en lo que, se ha dicho, fueron esos maravillosos años sesenta, los años que más huella tuvieron en toda la historia de la humanidad por la influencia que esos acontecimientos marcaron, desde entonces, en el vertiginoso y acelerado proceso de cambios que se vive a escala mundial, en todos los aspectos de la cultura.

Bob Dylan en una de sus canciones emblemáticas de entonces, nos decía que la respuesta viene flotando en el aire. Años más tarde, Jesús García Torralba adaptó al español la melodía de esa canción *Blowin' in the wind* y la tornó el himno *Saber que vendrás* que hoy lo cantan, diariamente, millones de católicos en todo el mundo.

ENTRE LA UTOPIA Y LA CRISIS: LOS MARAVILLOSOS AÑOS SESENTA

Plutarco Cisneros Andrade: *El IOA: la historia no contada (I)*



Bob Dylan

La década de esos años puede ser definida como la época en la que, con manifiesta mayor intensidad que en otros tiempos, se expresa el ciclo continuo de crisis-utopía. Con ella y a partir de ella, ideológicamente, concluyeron unos esquemas y surgieron otras propuestas de modelos de vida societaria.

El siglo XX, proyectó hasta fines de los años cincuenta, como compendio de todo su desarrollo, varios elementos que configuraron macro crisis, políticas, religiosas, económicas y sociales, todas estrechamente vinculados.

Y, frente a ese panorama, la presencia de una nueva generación de jóvenes que, a nivel mundial, durante toda la década, expresaron su inconformidad con los sistemas políticos que gobernaban y conducían a la restricción del legítimo derecho de ejercer la libertad, de pensar en otras alternativas de concebir la sociedad que no fueran los arcaicos modelos, que respondían a los intereses de los grupos que manejaban el aparato estatal, en estrecha vinculación con los intereses económicos de poderosas empresas.

La sumatoria de todos esos elementos configuró el desenlace de crisis que dieron origen a nuevas utopías.

Vivíamos ya el inicio sostenido de la aldea global proclamada por Macluhan.

[...] El diagnóstico maclubaniano sobre la aldea global se inauguraría con un contagio de algaradas en los años 60 que saltarían como una traca en los campus universitarios, desde Berkeley en el norte de California hasta la Sorbona en París y la Universidad Libre de Berlín, desde Praga hasta la plaza mexicana de las Tres Comunas, desde Londres y Holanda hasta las facultades de Barcelona y Madrid.

La contestación juvenil adoptaría distintas formas de protesta en latitudes geográficas diferentes pero la idea que la juventud constituía una clase social dispuesta a la transformación y al cambio sería común en cada una de ellas. Sin duda, a los estudiantes californianos precedidos por las manifestaciones contraculturales de la beat generation se les debe las expresiones más radicales de una cultura en oposición, mientras en Europa se manifestarían acompañadas de un elevado grado de compromiso político.

La utopía era manifiesta. Luis Enrique Otero Carvajal, en *Verdes y alternativos*, la describe:

[...] Proponer un mundo nuevo debería ser el resultado también de la búsqueda de nuevos caminos hacia la felicidad. Y esa búsqueda llevaría a descubrir de repente que el hombre podría ser también feliz lejos de los paraísos tecnocráticos que proponía el orden capitalista burgués...

Darle la vuelta a las cosas sólo podía concebirse de forma revolucionaria...

*California se convertiría en una especie de paraíso de la tolerancia –si no de la libertad– en el uso de las llamadas drogas blandas, el lugar donde las fronteras sexuales y raciales quedarían abolidas (había lemas como *Lo negro es hermoso*, y allí se popularizaría la palabra *gay* –alegre– para definir sin discriminación a los homosexuales).*

*[...] Cantantes de tendencia folk (más tradicional) lanzarían también desde allí su mensaje de esperanza. Bob Dylan haría famosa aquella canción que diría que la respuesta estaba flotando en el viento (*the answer is blowing in the wind*) que indicaría que algo estaba cambiando, y que ese algo motriz se notaba en el ambiente... Y Joan Báez mucho más comprometida con la lucha política tradicional de izquierdas, cantaría también: *Venceremos (We shall overcome)*. Era, pues, un mundo surgente y en ebullición.*

Los jóvenes que llegamos a esa década, sin duda, que nacimos bajo el manto amplio de la barbarie, vivimos las crisis de los cambios, pero, tuvimos la suerte de nutrirnos, también, con nuevas utopías y sueños.

Fuimos capaces de expresarnos, de exteriorizar rebeldías y ser parte de una ebullición juvenil que, como si algo o alguien lo hubieran concertado, se vivió a nivel mundial.

Éramos parte de una América Latina que acogió a los intelectuales españoles derrotado por la falange franquista. Aprendimos los versos de Vallejo y con él dijimos “España, aparta de mí este cáliz...”

En ese espectro no podíamos los jóvenes ser indiferentes y cada uno, sea en forma individual o formando grupos de intelectuales soñaba ser protagonista de los cambios que creíamos eran necesarios, urgentes e inaplazables.

Habría sido imposible no entender por qué esa década marcó la rebeldía y sería inexplicable haber recorrido el camino sin dejar de sentir y creer en la necesidad de mantenerla. La de entonces, más iracunda; la de hoy, más reflexiva. Ambas, sin miedo.

Sería doloroso llegar al otoño claudicando en el empeño de soñar, de crear utopías, que es una forma permanente, de decir que, en mí, no se apagaron nunca las llamaradas de la rebeldía juvenil y que no renuncié a principios que en el curso de la vida permanecieron siempre validados.